



Fredrich March, el famosísimo actor de la Paramount, fuma con deleite un cigarrillo, después de su agotador trabajo en los Estudios

LAS VACACIONES DE JOHN BARRYMORE

Por Juan MENENDEZ

Cacerías de osos y proezas piscatorias, extraños tipos que habitan en las regiones norteñas, aventuras en alta mar, todo esto combinado constituye la más interesante de las vacaciones que haya disfrutado la familia de John Barrymore, quienes acaban de regresar de un viaje por Alaska y los mares canadienses a bordo del yate "Infanta".

Una de las principales características del viaje fué la reunión del famoso astro de la Metro Goldwyn Mayer y de John Ibach, negociante en pieles y guía, y uno de los amigos íntimos de la familia.

Como trofeo de la excursión, Barrymore ha traído la más grande piel de oso Kadiak que ha salido de aquellas remotas tierras. Este enorme animal, y otros dos, que medían cada uno más de tres metros, fueron derribados por John en cierta cacería por los alrededores de Ketchikan (Alaska). También mató un lobo de gran tamaño y una cabra montés.

La monumental piel de oso adorna ahora a fuer de alfombra el salón principal de la casa del actor. Muy cerca hay otra pequeña piel, también de oso, propiedad de John Barrymore (hijo). Ibach, que adora al chico, mató un cachorro y curtió la piel para que el diminuto John tuviera su alfombra igual que su papá. ¡De manera que la Osa Mayor y la Osa Menor están juntas en la residencia de Barrymore!

Los Barrymore emprendieron el viaje a las regiones norteñas después de una estadía de varias semanas en Yosemite. De primera intención pensaron explorar las islas Aleutian, pero desistieron, pensando que la mar sería muy fuerte para los nenes.

—En la isla Lemusuria—relata Barrymore—visitamos a Joe Ibach y a su esposa, gente buenísima, que por largos años vivieron en la isla Middleton, donde tenían un criadero de zorros.

Durante la visita observé dos cheques, cada uno por millares de dólares, que puestos en marcos, colgaban de la pared. Le pregunté la causa. "Oh!—dijo Joe—, no hay aquí en qué gastarlos y esos cheques son recuerdos interesantes."

Mrs. Barrymore posee una rara moneda como resultado de la visita. Ibach, según parece, tuvo un socio que había sido jugador y coleccionista de monedas. A la muerte del socio, Ibach heredó la colección. Y construyó entonces en su choza un hogar, empotrando las monedas en el cemento.

—Mrs. Barrymore—relata John—demostró interés por una de ellas, e Ibach la desenterró a fuerza de

hachazos. Dicha moneda pertenece al reinado de Alejandro VI, el Papa Borgia. ¡Imaginaos una antiquísima moneda italiana... hallada en la parte más septentrional de Alaska!

Luego, Barrymore refiere otros detalles interesantes de la vida de sus amigos:

—Ibach se enfermó en cierta ocasión y tuvo que ir al hospital—dice John—. Durante un año su esposa vivió sola en la isla, sin más compañía que un caballo, un pollo y un zorro. Todas las noches cenaban juntos, y ella rogaba por el restablecimiento del esposo.

Hace algunos años—prosigue Barrymore—nuestros amigos reunieron sus ahorros, unos veinte mil dólares, y decidieron visitarnos en Hollywood. Llegaron al Hotel Ambassador, y como Joe estaba acostumbrado a vivir con amplitud, alquiló un piso casi completo. Al día siguiente una policía se puso a observarlos después que habían esperado más de una hora en el boulevard Wilshire. Acercándose a ellos, les preguntó qué esperaban.

"Esperábamos—contestó Joe—poder cruzar la calle."

Tras permanecer varios días en Hollywood—sigue diciendo Barrymore—, regresaron al Norte. Cuando llegaron a su casa, Mrs. Ibach se abrazó a uno de los álamos que ha crecido en la isla y, besándolo, exclamó: "¡Gracias a Dios que estamos otra vez en casa!"

Luego, Barrymore relata sonriente la "tragedia de la Isla Middleton":

—Cuando los Ibach partieron de allí, Joe enterró un barril de "whiskey". Durante mi visita, un día surgió que fuéramos en el yate a buscarlo.

Yo no bebo, pero accedí, porque él quería el licor. Llegamos allí. Joe bebió un sorbo y casi llora. El agua salada habíase filtrado por el barril. ¡El viejo "whiskey" se había salado!

El actor recuerda con agrado el clima de Alaska:

—Cuando el termómetro marcaba 25 grados bajo cero—dice—, sentíamos menos frío que de ordinario en Hollywood en invierno. El aire, por supuesto, es intensamente seco, lo cual hace sentir menos el frío.

El clima fué una bendición para la familia menuda—acaba diciendo—: les despertó un apetito devorador y, en general, les benefició mucho.

Según Barrymore, el buen tiempo hizo que el viaje fuera una delicia. En toda la travesía no hubo ninguna tormenta.

Un juicio de Paul Reboux sobre un film de Alexander Korda

Bajo el título «La vida privada de Enrique VIII», un film en el que la historia se sacude el polvo y se convierte nuevamente en vida, formula el siguiente juicio sobre el ya célebre film de Alexander Korda, el escritor Paul Reboux, desde las páginas del cotidiano «Paris-Midi»:

«La historia se nos aparece, desde hace algún tiempo, bajo un nuevo aspecto. Y se comprende que el público se vaya aficionando a ella.

En efecto, los historiadores, en lugar de contentarse con ser simples narradores de hechos, de complicarlos con fechas, indicaciones, comentarios comentando otros comentarios, tienen el gusto de la vida, de lo pintoresco, de lo natural.

De ahí esta boga sorprendente, exclusiva, de las obras que se relacionan con la historia.

Es a esta boga que el film «Enrique VIII», de Alexander Korda, deberá su éxito en parte. Enrique VIII era, para la mayoría de la gente, algo así como un rey de baraja. Alexander Korda ha hecho de su «Enrique VIII» no un número de la dinastía inglesa, sino un buen hombre gordiflón, grosero como se era entonces, rústico, comiendo con las manos, bebiendo con avidez, sudando y besando a plena boca a las damas que eran de su gusto, casándose con ellas para abandonarlas en seguida y reanudar nuevas intrigas.

Esta evocación ha tenido el mayor éxito. Este estudio del carácter de un tirano, a la vez feroz y bonachón, este cuadro de todas las pruebas conyugales del gordo Enrique VIII, glotón, socarrón, barrigudo y rabelesiano, es una obra de primer orden.

Varios «colus» aumentan aún su valor: una admirable caza con halcón, una riña de gallos vista por la sombra gigantesca de dos pájaros, pico contra pico, proyectada por las antorchas sobre los tapices, banquetes, fiestas, sesiones de lucha... Todo eso está excelentemente realizado. Y Charles Laughton, en su creación de Enrique VIII, demuestra una vez más que es un gran artista. Nos acordamos del extraordinario Nerón que fué en «El signo de la cruz». Esta nueva composición atestigüa un don de evocación extraordinario. «La vida privada de Enrique VIII» es un film que hay que ver.

Mary Brian interpretará la protagonista de «Niebla»

Bajo la dirección de Al Rogell, la Brian cuenta con una larga carrera de éxitos en la pantalla.

Harold Huper, Charles Stevens y Clarence Muse, este último el conocido artista de raza negra que ha aparecido en películas anteriores de la Columbia, completan el elenco de «Furia de la selva».

Las sinfonías de Walt Disney

La película que ha causado más sensación de cuantas han sido realizadas en Hollywood durante los pasados doce meses no es una superproducción con un reparto de primeras figuras de la pantalla y un costo de un millón de dólares, sino una película de dibujos animados de unos doscientos treinta metros, con una simpaticísima tonada que ha obtenido una formidable y general aclamación en los Estados Unidos y la cual comienza a desparramarse con igual furor por todo el globo.

"Los tres cochinos", la encantadora "Sinfonía Tonta" de Walt Disney, ha alcanzado una popularidad que nunca ni remotamente alcanzará ninguna otra película corta en la historia del cinema. De una parte a otra del país, los teatros la exhiben y reexhiben continuamente. El empresario de un cine neoyorquino, que exhibió la película durante ocho semanas, terminó por aplicar unas barbas postizas en el cartel en que se anunciaba la presentación de "Los tres cochinos", con un título que decía así: "Hemos permanecido aquí tanto tiempo, que hasta nos ha salido la barba".

Hay mucha gente que se enorgullece de haber visto esta película una docena de veces. Un corredor de Bolsa de Wall Street, gente que no su le tener muy tierno el corazón, la confesado haberla visto 46 veces. Dice que no sabe de mejor calmante para los nervios, después de ocho horas de trabajar seguidamente en problemas financieros.

No puede negarse el hecho de que, aparte de su alto valor artístico y cinematográfico, el fenomenal éxito de "Los tres cochinos" se debe a su cautivadora canción principal, "¿Quién teme al lobo feroz?" (Who's afraid of the big bad wolf?) Se oye su música por doquier: en teatros, hoteles, cabarets y en la radio. También ha sido la inspiración para numerosos artículos editoriales y caricaturas sobre asuntos políticos, financieros e industriales. Varios grandes almacenes de ropas han usado el título de la canción para base de sus anuncios. Tantísima popularidad ha resultado en una tempestad de cartas de aficionados al cine pidiendo a Walt Disney que continúe las aventuras de los tres puerquitos y el malvado zorro en futuras "Sinfonías tontas". Como la voz del público es la voz de la taquilla, no es de extrañar que Disney esté ya trabajando en una nueva cinta en la cual los puerquitos y el zorro desempeñarán principales papeles.

Y, ahora, la mejor noticia para los aficionados que no entienden el inglés: ¡Comenzando con "Los tres cochinos", Walt Disney hará versiones en español y en francés de todas sus "Sinfonías tontas"!

UN PROCESO MUY PARISIENSE

Una querrela de Florelle contra una Casa de modas

Los americanos, que son gente de espíritu observador y amantes de la estadística, han llegado a la conclusión de que, en materia de publicidad para que el cerebro del hombre medio llegue a interesarse por un nombre cualquiera, es necesario que ese nombre suene en su oído por lo menos siete veces en el menor espacio de tiempo posible.

Sin duda ha sido la aplicación de esta teoría lo que ha inducido a una de las más encantadoras artistas del cine francés a entablar un proceso que toda la Prensa ha recogido con gran satisfacción. Tiempos nuevos traen fórmulas nuevas. No se trata de la joya robada o perdida, ni de un retrato con un vestido excesivamente ligero, ni de ninguno de esos trucos ya tan gastados a que suelen apelar las estrellas para entablar un proceso y que su nombre salga a relucir en los periódicos días y días para disfrutar de una publicidad gratuita y casi eterna, porque si algo hay en todas partes que se eterniza, ese algo es precisamente un proceso judicial, sobre todo cuando una de las partes no tiene interés en terminarlo.

A Florelle le han dado el pretexto y hecho, y, en este caso, no ha hecho sino aprovechar la oportunidad que le brindaba una casa de modas recientemente establecida y titulada "Florele", es decir, sin otra diferencia con el nombre de la estrella que una "ele" de menos.

Pero la defensa ha sostenido que la elección de un seudónimo es libre, y que, además, hay una diferencia de ortografía.

Pero la demandante estima que el nombre de Florelle, que ella ha dado a conocer, e incluso ha hecho célebre, le pertenece en virtud de los esfuerzos que el mismo representa. Verdad es que—prosigue—no hay más que una "ele" de diferencia, pero la pronunciación es la misma. Por consiguiente, entiende que la casa "Florele", que pretende beneficiarse indebidamente de una publicidad gratuita e importante, y que al elegir el nombre que ha escogido no le ha guiado otra finalidad.

Verdaderamente, estima Florelle (con dos "eles") que eso es una injusticia. Y como "Florele" (con una sola "ele") quiere ahorrarse una publicidad, le hará saber lo que ello le cuesta.

La labor del director de repartos

Parece que el trabajo de un director de repartos de Hollywood debiera ser sumamente interesante, y lo es; pero hay una fase de su trabajo que aumenta las arrugas de su

cara, platea sus sienes y le dan deseos de aconsejar a sus hijos que no sueñen jamás con ser directores de repartos.

Los peores apuros que pasa son cuando le toca escoger criaturitas para desempeñar algún rol, secundario o principal. Un perito en repartos preferiría entrevistar y filmar ensayos de todo un regimiento de leones que vérselas con un batallón de bebés y mamaitas y tener que decirles al final a todas ellas, excepto a una o dos, que sus angelitos no sirven para el rol en cuestión. Como es natural, la madre agraciada suele opinar que el director de repartos es el mejor juez del mundo, mas las otras convienen unánimemente que el director sufre de la vista y que tiene el cerebro reblandecido.

Empero, al presente hay un idrector de repartos en Hollywood a quien las mamás ambiciosas no tienen mucho empeño en ver. Se trata del perito en repartos para "El gran promotor" una producción de Reliance Pictures, que distribuirá la United Artists, en la que figuran Jimmy Durante, Lupe Vélez, Stuart Erwin, Marjorie Rambeau y otras prominentes personalidades de la pantalla.

Al tiempo de escribir estas líneas el pobre hombre está pasando las de Caín para encontrar a un chiquilín que tenga parecido con Durante para desempeñar el rol de su hijo en la película.

Naturalmente, el bebé tiene que tener una nariz que guarde proporción con el narizón que ha hecho famoso a Durante. ¡Y no hay caso! Al parecer, no existe semejante criatura. Cuando menos, no hay mamá que no le huya a nuestro hombre por miedo de que su hijo sea el exacto tipo deseado. ¡Calculen cuán atroz sería para la futura carrera de un prodigio contar con semejante tacha en su hoja de servicios!

Pero los directores de repartos no admiten la derrota. En algún rincón de Hollywood tiene que haber un bebé que posea una nariz de proporciones elefantinas. Tienen que encontrarlo, y lo encontrarán. ¡El éxito de la película depende de ello!

Niño actor en la próxima de Borzage para Columbia

Jackie Searle, el chiquillo que hizo un simpático papel en «A toda máquina», película Columbia, ha sido escogido para otro importante rol de niño.

Jackie es uno de los niños más conocidos en la pantalla, y ahora, bajo la dirección de Frank Borzage, formará parte del elenco de la próxima producción Columbia «No Cannons Roar» (Sin Rugir de Cañones-provisional).



Joan Blondell, la actriz de la Warner Bros, principal intérprete del gran éxito «Vampiresas de 1933», luciendo un original y fresquísimo traje con el que aparece en dicha cinta.



Aline MacMahon, Joan Blondell y Ruby Keeler, delicioso terceto que podemos admirar en «Vampiresas de 1933»



Joan Crawford, dedicando fotografías a sus innumerables admiradores, sentada a la puerta de su camerino

La fama vale la pena de cuanto se luce para conquistarla

Por Mae WEST

Muchas personas que sólo me conocen por haberme visto en las películas creen que yo me hice famosa de golpe y porrazo; algo así como llegar a Hollywood y que la celebridad, como un hada de estos tiempos, me tocara con su varita de virtudes para que de la noche a la mañana me viera aclamada por el público.

La verdad de los hechos es muy otra.

Lo que he logrado no ha sido obra de la casualidad, sino de mi propio esfuerzo. Desde que era niña ambicioné hacerme un nombre. Tenía apenas cuatro años y medio cuando me presenté por primera vez ante el público. Desde entonces, sea que trabajara en números de variedades, en comedias musicales o en obras escritas por mí misma, mi voluntad se ha dirigido siempre a un mismo fin: triunfar.

No puedo contar, como otras artistas, lances extraordinarios. Nunca me tocó pasar un día sin probar bocado o no tener dónde pasar la noche. Pero sí puedo decir que en más de una ocasión he trabajado veinte horas de las veinticuatro del día.

He ensayado a veces durante doce horas seguidas, y en terminando el ensayo he seguido varias horas más pensando en lo ya ensayado, improvisando, corrigiendo, procurando de cuantas maneras se me ocurrían mejorarlo.

He aceptado críticas de personas que trataban de acabar con mi originalidad.

He sacrificado a mi carrera el matrimonio, la vida de diversiones, los viajes; porque mi carrera llegó a fascinarme, a presentarseme, digámoslo así, como una novela muy interesante en la cual, apenas concluido un capítulo, se siente nueva curiosidad por ver qué ocurre en el que le sigue.

Hasta me ha tocado ir a la cárcel por unos días a causa de mi resolución de presentar en el teatro la vida y el amor tal como yo los entiendo. Eso ocurrió hace siete años, cuando mi drama "Sexo", después de haberse estado exhibiendo dos años seguidos, puso fuera de sí a las autoridades de Nueva York.

He sido víctima de censuras, muchas de ellas injustas; se me ha acusado de ser corruptora de la moral pública.

Pero todo esto pertenece ya a lo pasado.

No me pesa nada lo que he hecho, nada de lo que he sacrificado, ni de lo que he padecido a fin de cultivar mi talento artístico. Todo ello estuvo bien empleado; y de

verme de nuevo en las mismas circunstancias, haría lo mismo.

Una sola pena tengo, y es que cuando se estrenó mi película "Nacida para pecar", mi madre, que tanto me supo animar en los comienzos de mi carrera, no pudiese verla conmigo. Ella murió hace varios años.

No digo que la voluntad lo pueda todo, pero sí sé decir que nada de lo que yo he logrado ha sido obra de la casualidad. Todos mis actos se han ordenado lógicamente hacia un fin; ninguno de ellos ha sido una improvisación.

Hasta la moda de que se dice que soy inventora o renovadora, esa que se puso en boga después que exhibieron en París "Nacida para pecar", obedece a un deseo que tuve desde niña, cuando admiraba los trajes de Lillian Russell, en los cuales aparecían realzadas las curvas. Ese deseo vino en mí por muchos años, fué el que me llevó a indicar el modo cómo debían arreglarse los trajes que llevo en "Nacida para pecar".

La fama, con todo, tiene algo terrible, y es que quien la alcanza tiene que sostenerla. Dormirse sobre los laureles es despertar en el fracaso. Por esto es por lo que trabajé con más ahínco en "No soy un ángel" que en mis dos primeras películas (la primera fué "Noche tras noche"). Y por esto mismo trabajaré todavía más en "No es pecado", que será mi próxima.

Un sargento de carabineros... casi auténtico

Moreno, casi negro, con el rostro curtido por todas las inclemencias del tiempo, es el sargento Morata (Andrés Carranque de Ríos) como una pincelada de extraña color entre las cumbres nevadas del Pirineo... Todos los contrabandistas le temen por su carácter agrio y su fina puntería... Donde pone el ojo cae la bala. Y es muy difícil pasar un alijo por la canal si él hace guardia. El sargento Morata es también desconfiado; apenas oye un leve rumor se echa el fusil a la cara, dando el grito de "¡Alto, quien vive!" Y no está mal que en medio de la montaña, rodeado de peligros inminentes, tome toda clase de precauciones...

El sargento Morata sabe también equivocarse. Por ejemplo: una noche fría, muy fría y negra como boca de lobo, le dieron la noticia de que Miguelón (Miguel Fleta), Pedro Juan (Linares Rivas) y Dionisio (Ceferino Cancio) estaban dis-

puestos a burlar su vigilancia pasando algunas armas y pólvora de contrabando. No le fué posible calmar los nervios en toda la noche. Incesantemente le asaltaban ideas terribles y la mayor parte de las veces estuvo a punto de disparar contra cualquier cosa, creyéndose vencido. Cuando más contento se hallaba porque iba a acercarse el relevo vió una sombra zigzagueando tras de unos peñascales: "¡Alto, quien vive!", gritaba cargando su fusil. No tuvo respuesta al grito y entonces disparó. Alguna vez había de equivocarse el sargento Morata. Un grito que hirió el silencio de la noche y una mujer que se revolcaba en un charco de sangre. Mala suerte para él...

Este papel interesantísimo, lleno de un dramatismo conmovedor, lo interpreta maravillosamente el conocido literato Andrés Carranque de Ríos, colaborador de "Ahora", "Nuevo Mundo", "Estampa", "Crónica", etc., que ha querido sentir de cerca las inquietudes cinematográficas y supo formar parte del reparto que tiene "Miguelón", una película formidablemente protagonizada por el genial divo de divos Miguel Fleta, bajo la dirección de Adolfo Aznar y con Tomás Duch a la cámara.

Andrés Carranque de Ríos no es nuevo en este campo del arte, porque hace algunos años ya dió muestras de su talento como actor, interpretando varias producciones interesantes. Pero, desde luego, ninguna como "Miguelón", donde aparece extraordinariamente original y descubriendo ante la cámara nuevos valores.

"Miguelón" es la obra cumbre de todas las temporadas. Tiene un tipo excepcional, inimitable, que hará de ella una joya: Miguel Fleta. Y unidos a él de modo maestro resaltan los méritos directivos que posee Adolfo Aznar. Según noticias, va a estrenarse en uno de nuestros mejores cinematógrafos, la presente temporada. Nosotros hacemos votos porque alcance el éxito que merece.

Walter Connolly interpretará «Lo que todas saben»

Walter Connolly, popular actor del teatro neoyorquino, actualmente bajo contrato por cinco años con la Columbia, hará el protagonista de «Once to Every Woman», basada en la novela «Kaleidoscopio en K.», por A. J. Cronin.

La versión castellana llevará el título de «Lo que todas saben». Basta decir que Jo Swerling, cuyo nombre se halla acoplado con tantas producciones de mérito realizadas por la Columbia, está a cargo del arreglo fílmico.

El secreto del triunfo de Ernst Lubitsch es su reposada energía

El aura de la popularidad, atributo natural y hasta indispensable de la gloria de un artista cinematográfico, rara vez acaricia al director de películas. Su obra es la que se lleva todas las miradas, en tanto que su nombre y su persona permanecen en discreta penumbra. Mae West, Gary Cooper, Marlene Dietrich son conocidos hasta en los últimos rincones del planeta. Incontables son los cineastas que no saben la vida de los directores, pero muy pocos son los que no saben al dedillo las biografías de los artistas de primera categoría, y con frecuencia pueden dar, sin que se les olvide uno sólo, los títulos de las películas en que han figurado. En cambio, el director no alcanza a tanto, no llega de tal manera a quedar grabado en la imaginación popular.

Por supuesto, no hay regla sin excepción, y Ernst Lubitsch es una de ellas. En él tenemos ciertamente el caso de un director cuya fama y cuya popularidad resisten que se las compare con las de la estrella más conocida. Hasta entre sus mismos colegas se le concede lugar aparte. No faltan los que van a verlo trabajar casi como quien toma un curso de ampliación de estudios. Porque les interesa lo fácil de su procedimiento. Nada de precipitaciones, pocas palabras y una riqueza de resultados, que sorprende. Hay en su labor cierta calidad de ritmo intenso, de racional armonía, que parece no haberle costado esfuerzo alguno al realizarla.

El secreto de ello es que dirigir una película resulta para Lubitsch obra continua. Desde que la empieza hasta que la deja terminada y perfecta vive en el ambiente de ella; tiene ante sí, hasta en sus más nimios pormenores, cada escena próxima a desarrollarse. De esta penetración, de esta fiebre estética por la cual cobran los sucesos ficticios que han de verse luego en la pantalla valor de casos en proceso de acaecimiento real, proceden la naturalidad, la facilidad que hasta el menos observador nota en Lubitsch cuando dirige. De hecho, su labor en el Estudio es solamente una fase de la labor creadora durante la cual su fantasía lo hace vivir en un mundo imaginario.

Observémoslo, por ejemplo, durante la filmación de una nueva escena de "Rumbos de vida". Cámaras, luces y actores están prontos. El director, con el tono casual de quien habla de algo poco importante, da sus últimas instrucciones a Friedrich March, Miriam Hopkins y Gary Cooper. (Este es uno de los secretos de la técnica de Lubitsch: no sobreestimar la significación ni la dificultad de lo que

Ronald Colman gusta de la quietud y el reposo

La quietud y el reposo, más o menos fáciles de lograr para el promedio de los hombres y mujeres, representan un paraíso inasequible para los actores.

Cada año Ronald Colman hace dos películas para Samuel Goldwyn. Las últimas que ha hecho son «La máscara del otro» y «Su único pecado», dirigido por King Vidor, la cual veremos en breve.

La filmación de «Su único pecado» (Cynara) le exigió una labor de tres meses en los Estudios, trabajando día y noche. Acudía allí muy temprano y desde las ocho hasta después de las seis las cámaras no paraban de rodar ni el micrófono de captar todos los sonidos, pues las escenas eran ensayadas y filmadas seguidamente y sin interrupción. Por la noche había que estudiar el papel para el día siguiente, probar los trajes y ver los «rushes», o sea ver el celuloide im-

toca hacer a cada artista en la escena que vaya a tomarse, porque de este modo logra que el actor se diga: ¡Qué cosa más sencilla! Y ejecute lo que de él se espera sin miedo y con naturalidad.)

Va a empezar lo toma de vistas de la escena; ya ha empezado... Desde su asiento, Ernst Lubitsch observa atentamente el desarrollo de la acción. Cuando todo marcha bien, sonríe sin decir palabra. Cuando no responde lo que hacen los actores a lo que él se prometía, muerde nerviosamente el cigarro, de los cuales fuma unos quince o veinte por día...

Nacido y educado en Europa, Lubitsch no ha asimilado cierto aspecto pintoresco que parece natural al director de películas norteamericano. En su manera de expresarse faltan por entero los términos del argot profesional.

La confianza que tiene en los actores, en el mérito de la obra de Noel Coward y en la propiedad del arreglo que de ella ha hecho Ben Hecht, induce a Ernst Lubitsch a creer que la película sea un éxito señalado. Esta creencia, a la cual contribuye también la conciencia del propio mérito, coadyuvará sin duda al fin apetecido. Máxime cuando no comporta el optimismo ciego nacido de la presunción, sino nacido del conocimiento de las ajenas y las propias capacidades.

Por estas y muchas razones que harían interminable este relato, Ernst Lubitsch, el acertado animador de «Un ladrón en la alcoba», etcétera, es, junto con King Vidor, el director más famoso y conocido de todos cuantos trabajan en los estudios norteamericanos.

presionado el día anterior. Mientras esto duró, Colman debía efectuar el trabajo de cuatro días en 24 horas.

Y así continuaron las cosas hasta después de tres o cuatro meses de intensa actividad en sus dos films, no siendo, pues, de extrañar que al final de este periodo tuviese el astro inglés una verdadera necesidad de quietud y descanso. Para ello debe huir de las ciudades, playas de moda y demás sitios frecuentados por gran número de personas, pues tratándose de una figura popular, que aparece frecuentemente en la pantalla y cuyo nombre puede leerse a menudo en la Prensa, no puede pasar desapercibido ni evitar las indispensables molestias de la notoriedad. La curiosidad pública le impediría, como a otros artistas de su categoría, encontrar el reposo que desea.

Siendo aficionado, más que nada, a la pesca y al tennis, Ronald Colman ha encontrado una solución de su problema, o, por lo menos, una cosa parecida a la solución. Ha comprado 300 acres de tierra en el Big Sur, en la parte costera de la California salvaje; la carretera más cercana pasa a 25 millas de su finca.

Colman está haciendo construir una carretera que conduzca a su propiedad y espera edificar una casa y unas pistas de tennis y dedicarse al mejoramiento de su refugio costero. La pesca, entre la resaca y en alta mar, pues las aguas del Pacífico llegan casi a las puertas de su casa y le ofrecen también un gran aliciente.

Grace Moore en una suntuosa comedia musical

Grace Moore, famosa cantante de ópera del Metropolitan, de Nueva York, ha sido contratada por Columbia Pictures para una de sus películas. Será ésta una suntuosa comedia musical, en la cual Miss Moore tendrá una magnífica oportunidad para desplegar la belleza de su voz.

Grace Moore cantó por primera vez en público en el Teatro Nacional, de Washington, apareciendo en el mismo programa con el gran Martinelli.

Durante los años que Miss Moore aún estudiaba, apareció en varias revistas musicales en Broadway, y debutó en la temporada de ópera de 1928 en el Metropolitan, interpretando el papel de «Mimi» en «La Bohème».

Ingresando en el cine con una reputación ya creada, Miss Moore alcanzó un gran éxito desde el principio.



El conocido actor de la Paramount, Gary Cooper, intérprete admirable de tantos buenos films